

## RECEPCIÓN-CONTESTACIÓN

FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ

Numerario

**D**os emociones nos embargan hoy en esta *Real Academia*, ambas compartidas, estoy seguro, por todos sus miembros. La primera, el gozo del ingreso en esta *Real Institución* de un nuevo Académico. La segunda, la aflicción que nos supone la sustitución del que hasta hace poco haya sido nuestro entrañable compañero Ilmo. Sr. D. José Aguado Villalba.

*Permítanme Vds. que, en cuanto a este último, exprese mi sentimiento personal contenido, por cuanto fuimos compañeros en la docencia de la Escuela de Artes durante cuarenta años. En lo referente a nuestra Academia, permítaseme recordar que durante los últimos diez u once años, nuestro querido y entrañable amigo Aguado, presentó mociones o informes en todas las sesiones ordinarias. Déjenme unir, pues, mi cariñoso recuerdo, al sentimiento general emocionado de todos los que fuimos sus compañeros de Corporación.*

*Gracias.*

Decía Miguel Ángel, ante un bloque de piedra sin labrar imaginando la escultura que contenía, que «solo había que quitarle a la piedra lo que le sobraba».

Extraña expresión para quienes no poseamos esa clara visión escultórica, para quienes carezcamos de esa intuición de las formas tridimensionales que nos puede hacer pensar del escultor en ese trance como haciendo uso de una deformación profesional; cuando en realidad se trataba de una expresión de superdotado de la visualización del volumen y el espacio.

Deformación o cualidad que cada escultor se ha autodesarrollado desde que decidiera, casi siempre a corta edad, hacer de sí mismo un seguidor de Fidias. Quiero recordar hoy aquellos momentos en los que el nuevo Académico tomara la decisión de hacerse escultor; y para ello voy a remontarme brevísimamente a su infancia y primera juventud.

Conocí a Julio Martín de Vidales cuando él era un niño ilusionado con lo que veía en el taller de artesano-escultor de su padre. Confieso que tardé algunos años en descubrir su vocación. Hasta entonces, sólo veía en Julito niño su esmerada educación y su gran simpatía que le hacía ser atentísimo y cortés con los mayores manteniendo siempre una amable sonrisa dibujada en sus labios. Cualidades éstas que, dentro de la seriedad adquirida con los años, aun conserva. Y recuerdo los primeros pasos de su formación en la toledana Escuela de Artes.

Decíamos ayer que «si un artista no nace tal, no se hace». Mas, si hay un artista dentro de una persona, bastará con mostrarle caminos para que él, siguiendo los impulsos de su corazón, escoja las vías por las que desarrollar su vocación; aquella que él ya tiene dentro de sí. Todo esto sin olvidar que, si hay algo que no se puede enseñar es el «quod Divinum» que decía Horacio. Esto, o se lleva dentro o no se puede improvisar.

Aunque las disciplinas que yo impartía entonces en la Escuela de Artes no estaban relacionadas con la formación de un escultor, sí coincidía en el claustro de profesores con compañeros que guiaban los primeros pasos al jovencísimo Julio Martín de Vidales, y tuve por ello ocasión de inquirirles acerca de la marcha de su formación, debido a la amistad que me unía con su padre. Y, entre las buenas referencias que me daban cuenta con una frase de su profesor de modelado, quien fuera miembro de esta Real Academia, el inolvidable compañero y excelente escultor, Cecilio Béjar Duarte. La frase que nunca he olvidado fue: «No pierdas de vista a Julito, algún día nos sorprenderá». Ya nos ha sorprendido; y lamento que no haya sido testigo de ello al autor de la frase premonitoria. Miren ustedes, o, mejor dicho, admiren la magnífica obra escultórica que hoy dona a esta Real Academia el recipiendario con motivo de su ingreso como Académico Numerario.

Aunque él ya la ha descrito, no puedo resistirme a la tentación de, con toda brevedad, explicarles mi punto de vista. Tiene razón su autor: «ha dejado de ser un fragmento de un todo para pasar a ser un todo por sí mismo». Viéndola así, no podemos imaginarla parte de una escultura, «El

Esclavo», que Julio Martín de Vidales ha modelado de gran tamaño retorciéndose en la impotencia dolorosa del intento de desasirse de sus ataduras. Este torso es otra obra. Este torso es un concepto moderno de escultura que parte de su granítica entraña rodeándola y sin poder, a la vez, escaparse de ella. El hombre, en cualquier caso y bajo cualquier concepto, siempre estará prendido de algo en su interior a lo que, disfrutando aparentemente de libertad, estará siempre unido.

Cuando la frase aquella de su profesor, Julio Martín de Vidales había decidido ya ser escultor. Había elegido el arduo camino de la escultura; de esta maravillosa modalidad de las Bellas Artes que hubiera alcanzado su perfección en Egipto con el faraónico empeño de captar al hombre viviente para la eternidad. Crecióse después la Escultura en Grecia bañándose de gloria y poder bajo Pericles, donde Fídias la elevó a la monumentalidad del Partenón constituyéndola en el más absoluto de los clasicismos.

La Escultura siguió, dando pasos subterráneos desde el resurgir del Cristianismo bajo Constantino y, aunque un tanto anatematizada, fue resurgiendo en los períodos del Románico y el Gótico hasta alcanzar un inusitado esplendor en el Renacimiento y el Barroco en las representaciones religiosas, en las que alcanzó su nivel deslumbrante con la ayuda, iniciada siglos antes, del colorido y el pan de oro, adornándose de bellas policromías y magníficos estofados.

Mas no hay que olvidar que la grandiosa modalidad de las Bellas Artes que es la Escultura, pasó por momentos difíciles en su reconocimiento en el período en que unos hombres emplearon su influencia para clasificar las artes. Conviene recordar cómo se decidió adaptar las circunstancias a ciertas conveniencias personales. Según Roberto Cassanelli, estas influencias aparecen por vez primera en las ciudades mercantiles e industriales de Italia donde fueron divididas las artes en «Maggiore» y «Minore». Allá por el siglo XII y posteriores «los oficios se organizaban en estructuras corporativas que asumían un papel económico y social cada vez más importante. La pertenencia a tales asociaciones era condición «sine qua non» para el acceso a la vida política. Los artistas no constituyeron un gremio o arte en sí mismos, sino que, en función de las características especiales de los materiales utilizados en cada arte, se les asoció con las profesiones más afines».

Dividieron las artes en «mayores» y «menores» al influjo partidario de quienes las dividieron, dejando estas últimas, las «menores», a las

actividades más artesanales. Las «artes mayores» (tal vez las que hoy llamaríamos «Bellas Artes») fueron divididas en siete especialidades: jueces y notarios, importadores de lana y actividades bancarias internacionales, cambistas o banqueros, elaboradores de lana local, sederos, médicos y boticarios, guarnicioneros y peleteros.

En las «artes menores» se incluyeron los siguientes oficios: carniceros, zapateros, herreros, curtidores y pellejeros, vinateros, panaderos, aceiteros, lineros, cerrajeros, armeros y espaderos, talabarteros, carpinteros y mesoneros y, tallistas en piedra o en madera.

Observemos que no aparecen los pintores en estas listas. Fueron incluidos a partir de 1295 en uno de los gremios de las «artes mayores»: el de médicos y boticarios, pero manteniendo la categoría de «miembro menor», según aclaran los estatutos de 1316.

Para hacernos una idea de cómo esta desafortunada clasificación seguía vigente en el siglo XV, recordaremos que al gran escultor Donato di Betto Bardi, conocido como Donatello, se le incluyó en el grupo de «artes menores» al ser inscrito en el padrón de Florencia en 1427.

Pero, querido recipiendario, no es lo importante el grupo en que se clasifique a un artista según quedó demostrado con la actitud y la obra de Donatello. Lo importante es lo que hay dentro de cada artista, dentro de cada creador; lo importante es lo que sale de sus manos y de su entendimiento al hacer su obra. Y lo importante también es lo que brota por sus poros mientras realiza su arte.

Mas, afortunadamente, se han venido corrigiendo casi todos los impulsos partidarios de aquellas imprecisas clasificaciones y, hoy la Escultura, junto a la Pintura, la Arquitectura, la Música y la Poesía, componen el grupo de las Bellas Artes que, con las Ciencias Históricas, son la esencia y la razón de la existencia de esta Real Academia en la «Imperial Ciudad, cuna del Arte y de la Historia de España», según expresión de nuestro primer Académico Protector, S. M. el rey don Alfonso XIII.

Esta Real Academia, no está anclada en el clasicismo. Admira y valora, sí, en cuanto a la escultura se refiere, a Fidias a Mirón o a Miguel Angel; pero admira igualmente todos los «ismos» de las vanguardias artísticas surgidas en el siglo XX: De cada uno de estos «ismos» más conocidos traemos a colación una frase que pueda delatar su tendencia.

**Del Surrealismo:** «No será el miedo a la locura lo que nos obligue a bajar la bandera de la imaginación». **Del Cubismo:** «Los contrabandistas de las formas no defraudarán nuestras estatuas de sal ante la aduana de la razón». **Del Futurismo:** «¡Salgamos de la sabiduría como de una horrible cáscara, y lancémonos como frutos sazonados de orgullo dentro de la boca inmensa y torcida del viento!» **Del Rayonismo:** «Negamos a la individualidad cualquier valor en relación con la obra de arte. Habría que mirar atentamente una obra de arte, considerándola sólo desde el punto de vista de los medios y de las leyes que han animado su creación». **Del Suprematismo:** «Pero para el suprematista siempre será válido aquel medio expresivo que permita que la sensibilidad se exprese de modo posiblemente pleno como tal, y que sea extraño a la objetividad habitual». **Del Constructivismo:** «Por esto, en la creación de los objetos les quitamos la etiqueta del propietario, totalmente accidental y postiza, y sólo dejamos la realidad del ritmo constante de las fuerzas contenidas en ellos»... Todos buscaban desasirse de tradiciones que consideraban pasadas. Todos miraban al futuro, cada cual a su manera, según vemos en estas frases elegidas para que puedan servir de orientación en las pretensiones, casi siempre comunes en el fondo, de los movimientos artísticos del siglo que hemos dejado atrás.

¿Cómo será el orden acompasado en la sucesión o acaecimiento de las cosas en el milenio que hemos comenzado? De momento, en los primeros años de la primera centuria, nuestra sociedad sigue inmersa en la velocidad, la prisa, el consumismo y otras exigencias de nuestro ritmo, que hacen que el hombre posea un sentido distinto de la reflexión y una visión de su entorno y de sí mismo diferentes a los hombres del Renacimiento, por ejemplo. ¿Cómo serán las obras de arte, desde hoy mismo hasta el final de nuestro siglo, o de nuestro milenio? Sean cuales sean las vanguardias de nuestro futuro, el artista, en este caso el escultor, sabrá en su momento realizar sus creaciones brotadas honestamente de su inspiración. En definitiva, la obra y el estilo de cada artista es algo que pertenece sólo a él. Y siempre serán obras de arte sean cuales sean los estilos o los «ismos» en los que estén hechas.

Tampoco esta Academia será insensible a las vanguardias o tendencias que puedan surgir en la centuria recién comenzada. Por tanto, querido nuevo Académico, nunca te sentirás encorsetado en tu manera de hacer arte. Siempre tendrás las puertas abiertas a la plena libertad de tu inspiración. Y lo mismo te animamos a seguir con ese proyecto tuyo de obras escultóricas de gran formato, del que ya conocemos algunas, que a

entregarte a la minuciosidad del sutil y verdaderamente artístico bajorrelieve en la medalla o la estela de placas artísticas, sea cual sea el estilo que en ello puedas emplear.

Recibamos pues, con todos los honores, mezclados con la emoción del recuerdo a nuestro inolvidable compañero José Aguado a quien sustituye en la medalla, al Ilmo. Sr. D. Julio Martín de Vidales, de quien esperamos una fructífera labor en el devenir de su inspiración y de su obra escultórica, como Académico numerario de esta Real Institución.

He dicho.

